



La próxima vez que escuche el comentario esnob de que la alegría es el privilegio de los tontos o que es una sandez, pensaré..

No tiene ningún sentido que yo recomiende aquí, por mucho que me haya gustado, un libro que se acaba de publicar en Chile, y que sólo he conseguido pidiendo favores transatlánticos, continentales y un poco pacíficos. Pero de [Conversaciones con J. M. Ibáñez Langlois](#), sí puedo ofrecer al público de Cádiz unos fragmentos con mucho sentido.

El poeta chileno **José Miguel Ibáñez Langlois** es sacerdote. Y en este libro de entrevistas se centra más en su vocación ministerial que en la poética. Sólo que lo que cuenta a menudo tiene también su poesía. Esta historia, por ejemplo:

«Una vez fui a visitar a un anciano que se moría. Me contó su vida entera, sus andanzas por el norte y por el sur, sus distintos trabajos. Al lado estaba su pareja. Después de muchas explicaciones aceptó los sacramentos. Pero lo que más me impresionó fue algo que me dijo:

“No crea usted, padrecito, que lo hemos pasado mal. A veces lo hemos pasado muy, muy bien. Por ejemplo, en una esquina de la población venía alguien a veces a vender sandías. Y cuando podíamos (por la plata), yo le decía a la patrona: ¿Vamos a comer sandías? Entonces íbamos y comíamos sandías. Para que vea lo bien que lo hemos pasado: nos comíamos unas buenas tajadas de sandías (‘sandillas’ decía)”».

La anécdota me ha emocionado. El que afirma que la felicidad es directamente proporcional a la estupidez se cree muy listo y está amargado. La próxima vez que escuche el comentario esnob de que la alegría es el privilegio de los tontos o que es una sandez, pensaré:

La felicidad es una sandía

Publicado: Sábado, 24 Octubre 2015 02:33

Escrito por Enrique García-Máiquez

no, la felicidad es una sandía, que es bien distinto.

Cuenta más tarde que el presidente de Gobierno convocó a un nutrido grupo de escritores e intelectuales y que éstos empezaron, en los postres, a pedir subvenciones, ayudas, canonjías y privilegios. Entonces...

*“Frei preguntó a **Carlos León** qué pensaba, y él dijo que no entendía mucho lo que pedían sus colegas, considerando las condiciones penosas de pobreza, enfermedad, cárcel, en que habían escrito **Cervantes**, **Dostoievski**, **Spinoza** sus grandes obras. Siguió un silencio sepulcral”.*

El libro tardará en llegar a las librerías españolas, si llega; pero con estos dos vislumbres hay materia de sobra para alimentar el pensamiento. A veces no hay que leer un libro para que nos influya y nos cambie la visión. Lo digo por experiencia. Ojalá a algunos de ustedes les conmuevan también estas dos sugerencias ultramarinas de Ibáñez Langlois.

Enrique García-Máiquez, en diariodecadiz.es.